

**LOS
ESPACIOS
EFÍMEROS**

FERNANDO GARCÍA CALDERÓN

**LOS
ESPACIOS
EFÍMEROS**

algaida



Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2024

© Fernando García Calderón, 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-893-1

Depósito legal: SE. 340-2024

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

SECUENCIA DE APERTURA

11/03

La muerte podría ser 15

PLANTEAMIENTO

11/03

El mayor de los misterios 19

Solo sé 22

12/03

Una vida que no ha sido examinada. 26

Un hombre honesto 30

El conocimiento empieza[†] 34

13/03

Una moral que se basa en valores emocionales. 38

Para encontrarte a ti mismo. 41

14/03

El orgullo engendra[†] 45

Entender una pregunta. 49

15/03	
El tiempo arruga	53
16/03	
El pasado tiene sus códigos	57
21/03	
Ser es hacer.	61
23/03	
Nunca temeré.	65
27/03	
El conocimiento es perenne†	69
Cada acción tiene sus placeres.	73
28/03	
Este es un universo que no favorece.	77
Las almas ruines	81
31/03	
La envidia	85
01/04	
Habla, para que yo pueda.	89
Comenzar bien no es poco.	93
CONFRONTACIÓN	
03/04	
No la vida, sino la buena vida	99
Más rico es quien se contenta†	103
06/04	
La mejor salsa.	107
Teme el amor de la mujer.	111

08/04	
A través de tus trapos	115
De los deseos más profundos.	119
09/04	
Aquellos que son más difíciles de amar	123
10/04	
Sé amable con todos	127
La excelencia [†]	131
12/04	
Dejad que quien vaya a mover el mundo.	135
13/04	
La belleza es	139
15/04	
Lo excelso no es someter	143
Las mentiras son las mayores asesinas	147
20/04	
Nada se aprende tan bien	151
21/04	
Haz que la faceta pública y la privada sean	155
22/04	
Un hombre desinhibido [†]	159
26/04	
Es mejor cambiar de opinión.	163
27/04	
El amigo ha de ser como el dinero	167
29/04	
No hagas a otros	171
Entenderse a uno mismo es el inicio	175

05/05	
El amor más caliente [†]	179
Me tengo por guerrero pacífico.	183
06/05	
No hay que dejar que crezca	187
09/05	
La sapiencia se alcanza	191
12/05	
El uso descuidado de la lengua	195
Si me hubiese dedicado a la política.	199
15/05	
Desearía que el conocimiento fluyera	203
18/05	
Un cuerpo hermoso promete.	207
19/05	
Ser es hacer [†]	211
20/05	
Solo es útil el conocimiento.	215
23/05	
De virtud, hay una especie.	219
25/05	
Ten cuidado	223
26/05	
El orgullo divide a los hombres.	227
La alegría es riqueza natural	231
27/05	
Cuatro atributos ha de tener	235
También está inactivo aquel.	239

29/05	
El secreto del cambio	243
31/05	
Aquel que no es feliz con lo que tiene	247
03/06	
Para decir la verdad.....	251
Aspira a ser.....	255
RESOLUCIÓN	
04/06	
Si fuera sordo, hablaría.....	261
07/06	
Recuerda que no hay nada estable	265
09/06	
Un hombre que no arriesga	269
10/06	
Las mentes brillantes discuten [†]	273
Las medianías discuten.....	277
11/06	
La mentira gana bazas	281
14/06	
La ciencia se afana más.....	285
Cásate.....	289
16/06	
No te apresures	293
17/06	
La alegría del alma.....	297

22/06	
La buena conciencia	301
Los truenos asustan a los niños [†]	305
La duda es el primer peldaño.	309
23/06	
Las nociones del bien y del mal.	313
24/06	
Cuando el debate se ha perdido [†]	317
25/06	
No esperes plática de un muerto.	321
Solo seremos justos.	325
28/06	
Es una tragedia.	329
29/06	
Quien busca la salud.	333
04/07	
Conócete.	337
CRÉDITOS	
Reparto	343
Equipo técnico y artístico.	345
Localizaciones	347
SECUENCIA DE CIERRE	
05/07	
Solo la muerte nos cura de la enfermedad de la vida [†]	351

(†) Capítulos que recogen asesinatos incluidos en el guion cinematográfico de *Los espacios efímeros*.

SECUENCIA DE APERTURA

11/03

La muerte podría ser la más grande de las bendiciones

UN HOMBRE INMÓVIL, DE MIRADA AUSENTE, APOYA LA cabeza en la ventanilla de un tren. Escucha un pitido intenso, que parece no molestarle, y nada más. En ese momento, aislado, llega a la convicción de que va a morir.

Alguien se le acerca, le toca el hombro y dice algo que no oye. Tarda en fijar sus ojos en el extraño. Lleva uniforme, y le habla sin que acierte a interpretar el movimiento de sus labios ni a articular una sola palabra. Sin aviso aparente, los oídos se destaponan y comprende que ese desconocido, servidor del orden, funcionario de ferrocarriles o similar, se interesa por su estado. Estoy bien, responde.

Visto desde fuera, no es el único que permanece quieto. Se diferencia del resto en que los demás yacen en el suelo, cubiertos de sangre, con miembros seccionados. La fortuna ha hecho de él uno de los pocos supervivientes del vagón. Se pregunta qué ha sucedido. Una bomba, contesta el interventor en ruta mientras un par de sanitarios acuden a taparlo con una de esas láminas térmicas que se asemejan al envoltorio de una tableta de chocolate. Hace amago de levantarse, pero pierde el equilibrio. Lo sientan. Échenme agua en la cara, ruega cuando ya se han ido.

Su primer pensamiento, tras descender del tren y percatarse de la magnitud de la catástrofe, lo devuelve a la impresión anterior. Si voy a morir, para qué desperdicia el destino este regalo conmigo. Podría haber salvado a un estudiante con futuro o a un niño adorado por su madre. El pitido regresa. Se lleva la mano a la oreja. Una gota de sangre, símbolo del momento, se adhiere a su dedo índice.

Mientras camina dificultosamente sobre las traviesas y el balasto de la vía, ajeno a una realidad imposible de asumir, fija su pensamiento en el calendario. Es lunes, 11 de marzo, ideal para una necrológica. Se imagina la muerte examinándolo durante el destello de la explosión para, tras un guiño casi cómico, pasar de largo sin poner su mano sobre él. Una muerte cinematográfica, de buena estatura, con vestidura talar y una guadaña en la mano, que camina con la prestancia de Bengt Ekerot, el actor que la representa en *El séptimo sello*, la afamada película de Bergman.

La muerte podría ser la más grande de las bendiciones. Acababa de leer esas palabras, atribuidas a Sócrates, cuando se desencadenó la tragedia.

PLANTEAMIENTO

11/03

El mayor de los misterios es el hombre

EL AGUA HELADA DE LA DUCHA LE DEVUELVE LA SENSACIÓN. Sus días están contados y lo que resta es completar el ciclo de la vida con la mayor dignidad posible. Lo peor no es perder, dijo un prestigioso jugador de baloncesto, sino la cara de gilipollas que se te queda.

Cuando suena el teléfono, mira la pantalla y duda. Lo coge, finalmente. Una voz femenina le pregunta cómo se encuentra. No ha aparecido por la oficina, a pesar de que lo esperaban para la reunión con Blanca Suárez y su agente. Alguien comentó que Set solía tomar uno de los trenes que habían sido atacados.

—Sí —afirma escuetamente.

—Dios mío —exclama la mujer y se echa a llorar antes de disculparse—. Lo siento. Es que, con las informaciones que están llegando..., estoy tierna.

Insiste en que le cuente lo sucedido. Él lo describe con detenimiento y cierta frialdad, omitiendo el dato más relevante. Explica cómo saltó un murete semiderruido para salir a una calle pequeña pero convencional, con una acera que daba a un parquecito de columpios vacíos y un tobogán con un charco en su pie. Es entonces cuando el pitido que coronaba el silencio le

provocó la náusea. Vomitó un líquido verdoso, agrio, que le raspó la garganta. Varias personas acudieron a auxiliarlo, pero las rechazó con la mano, indicándoles que siguiesen hacia el escenario del desastre, que allí los necesitarían más. Se dejó caer de rodillas.

Sus oídos se abrieron de nuevo, trayéndole el ruido de las ambulancias y los gritos de los que trataban de agilizar el traslado de los moribundos. Se percató de que a su gabardina le faltaba un trozo de la manga izquierda, arrancado sin tocar el jersey. Me he dejado el maletín en el tren, se reprochó sin ninguna intención de regresar.

En la avenida, todo transcurría con una normalidad casi ofensiva. Los transeúntes iban y venían, atareados en esos pequeños mundos que, en cualquier instante, pueden caer dentro del agujero negro sin dejar rastro. Mundos capaces de desenvolverse con una naturalidad censurable, ajenos al peor suceso que ha padecido esta ciudad en lo que llevamos de siglo. Los autobuses circulaban como lentos paquidermos que respetaban la senda. El estrépito de sus frenos, obedeciendo al semáforo, acalló las sirenas de unas ambulancias que no se detendrían.

—Cuando era niño —interrumpe el relato—, la gente se volvía al paso de una ambulancia o un camión de bomberos. Nadie se para a pensar que aportan los recursos para atenuar o resolver el suceso, sino que son vistos como exponentes de la tragedia.

Avanzó calle abajo, sin acertar a decidir qué camino era el más idóneo para retornar a casa. En el cruce con Doctor Esquerdo, se desplomó sobre un banco. Los oídos funcionaban entre chasquidos, como una emisora mal sintonizada. Escuchó el timbre de un teléfono e imaginó uno tirado en el suelo del vagón, sonando sin que su dueño pudiera cogerlo. Algún familiar, que estaría llamando para tranquilizar a los suyos, sufriría un ataque de ner-

vios al comprobar que se cumplían los peores presagios. Dos lagrimones resbalaron por sus mejillas, reflejo del dolor que lo afligía en ese momento. Era un dolor profundo, arraigado, constatación de la insignificancia propia y ajena.

Levantó la mano, más por instinto que por voluntad, reclamando uno de los poquísimos taxis libres. En la radio, las noticias detallaban los efectos de las bombas que se iban conociendo. Al sentarse, descubrió que el pantalón también estaba roto por debajo de la rodilla.

—Tenía una esquirra clavada, sin siquiera sentirla —resumió.

—¿Quieres que les diga algo a los que están aquí? Todos esperan noticias tuyas —preguntó la mujer.

—Diles que no sé si volveré.

Cuelga. El teléfono que sonaba en el suelo del vagón, sin que nadie lo cogiera, constituye una imagen tan penosa como la sensación de que algo lo devora por dentro. Algo monstruoso e irreversible.

Murmura, con enojo, que Sócrates tenía una explicación para toda esa mierda del teléfono y el cáncer: «El mayor de los misterios es el hombre».

11/03

Solo sé que no sé nada

TOMA UNA TÓNICA, PARA MATAR LA AMARGURA. SIN LÓGICA aparente, aplica el dicho que asegura que la mancha de mora con mora se quita. El dedo índice basta para que la trompeta de Miles Davis llene el amplio salón del piso. El disco se titula *Rubberband*, y acaba de ser editado. Su maqueta llevaba guardada en un cajón desde 1985. Seis años antes de que el propio Davis acabara en otro en la ciudad de Santa Mónica.

—A salvo, como un tesoro —exclama al reflexionar sobre el arte oculto y el artista que preserva su intimidad—. Casi como yo, todos estos años.

Su primer tema, «Rubberband of life», sonaba cuando entró en el ambulatorio de su barrio. Acababa de bajar del taxi y se acercó a que le extrajeran la metralla de la pierna. Tres puntos, un apósito de forma cuadrada, empapado en Betadine, y la inyección antitetánica fueron, para él, el recuento final de un percance que dejaría más de doscientos muertos.

—Ha tenido suerte —susurró la enfermera con el tono más cariñoso que pueda oírse en un centro de la Seguridad Social.

—No sabes cuánto —respondió sin que, de sus palabras, pudiera inferirse más verdad que ironía—. ¿Podrían revisarme los oídos?

Se dirigió a su portal sin más interrupciones. Eludió el ascensor y subió los cuatro pisos por las escaleras, maltratando la madera vieja de unos peldaños con demasiada altura, barnizados hasta el sonrojo. No es que sea especialmente pesado, pero los achaques del suelo se manifestaron en una sinfonía de quejas bien acompasadas. Aquel galeón, se dijo, no se hallaba en condiciones de volver a cruzar el océano. Y, sin solución de continuidad, imaginando tanta agua en movimiento, le vino a la mente la idea de ducharse. Era imprescindible desprenderse del olor a carne quemada.

Solo sé que no sabes nada, repite mientras sueña, hablándole al tipo que se refugia en el espejo. Se ha quedado dormido con el vaso en la mano y, como en tantas pesadillas, reconoce su estado. Tan real como imaginario, en esa zona fronteriza, deshabitada, en que la consciencia y el sopor se ponen de acuerdo para transformar el disparate en un hecho digno de ser recordado y trasladado a la práctica. En este caso se trata de un apunte para un guion de cine, protagonizado por un tipo que escapa de un atentado con la certeza de que va a morir. Ignora el porqué, como ignora el cuándo y el cómo. Escapa de la UCI de milagro y abandona el hospital con una cicatriz en la sien y otra en el corazón, resignado a saber que su único conocimiento es la perfecta ignorancia.

El portazo lo despierta. La vecinita de enfrente comparte piso con una luchadora de sumo carente de sonrisa y de labios. Es una prima lejana, o una compañera de la universidad, o alguien que le presentaron en un evento intrascendente. Nadie. El portero asegura que son amantes y, además, lesbianas. En un impulso injustificable, tras discutir brevemente con el espejo de cuerpo entero de la entrada, decide comprobarlo. No hay nada como el conocimiento pleno de que vas a morir para perder el miedo a las consecuencias de tus actos.

El edificio de la calle de Ortega y Gasset donde habita contiene algunas peculiaridades. Una de ellas consiste en haber partido en dos un piso señorial, de modo que la antigua puerta de la calle es ahora la de acceso a un diminuto pasillo. A derecha e izquierda, con las letras ce y de, se localizan los hogares de la vecinita y de nuestro hombre. Todo un dechado de intimidad.

Llama al timbre. Sonríe a la mirilla y aguarda, con la tensión propia del momento, a que la vecinita abra la puerta. La empuja sin miramiento, provocando su caída. La arrastra por el cabello hasta el sofá. Su primera intención es violarla con la mayor brutalidad posible. Carece de experiencia, porque siempre ha sido un amante exquisito, detallista y sensible, con un ritmo más próximo a la *bossa nova* que a las estridencias del rocanrol. Su comienzo, sin embargo, demuestra que ha visitado alguna de las páginas gratuitas de porno que internet ofrece y ha aprendido los trucos más manidos. Le arranca el batín y se detiene un instante a desdeñar sus pechos, pequeños para el gusto de un tipo de su edad. La gira para recrearse en su dorso, pegando su mano extendida a la nalga hasta sentir la firmeza de unos músculos ejercitados por las sesiones de pilates. La apoya sobre el brazo del sofá, con la cabeza hundida en uno de los cojines, y le baja las bragas. Aprieta con todas sus fuerzas, horadando mientras hace caso omiso al ay que escucha. Emplea la cinta del batín a modo de brida, cabalgando con un ímpetu que parece no tener fin.

Pronto aprecia que su intención fracasa. Los lamentos y exclamaciones de la vecinita no son de dolor, ni de odio o impotencia. Minimalista en el uso de la garganta, con la sordina de la tela, ha reducido su expresión a grupos de síes con un más intercalado entre ellos, como el punto entre las rayas del morse. Exhala durante un par de minutos y acaba levantando la mano en señal de rendición. Set le propina un cachete.

No hay que ser un lince para entender que acaba de complicarse la vida. Gira la ruleta de su mente, buscando un pensamiento que pueda traducirse en una frase atinada, que lo saque del aprieto. No la encuentra. Se aparta, liberando a la violada del peso de su tronco, y huye hacia su trinchera mientras se sube el pantalón del chándal.

—¡Espera! —grita la vecinita—. No te vayas sin que te devuelva el favor.

La frase parece el cierre de uno de esos chistes que cuentan los ejecutivos con una copa en la mano e indigna tanto a las colegas presentes. No sé nada y nunca lo sabré, rumia en su cabreo. Pero no es totalmente cierto. Una verdad, rotunda, se abre paso en el caos: lesbiana, lo que se dice lesbiana, no es.

12/03

Una vida que no ha sido examinada no merece ser vivida

DORMIR LA NOCHE SIGUIENTE AL DÍA EN QUE SOBREVIVES a un atentado puede ser una tarea hercúlica. La combinación de alcohol y pesadilla tampoco ayuda. Contar ovejas a las tres de la mañana, con la lámpara de la habitación girando como una peonza, no suele funcionar. Explícate con bondad que el cuerpo y la mente necesitan reposo, tampoco.

Lo mejor es releer la *Apología de Sócrates*, escrita por Platón, mientras escuchas *Atom Heart Mother* a sabiendas de que vas a molestar a más de un vecino. No servirá para conciliar el sueño, pero te permitirá recuperar la calma y asumir tu condición.

El tópico dice que, en el instante de la muerte, ves la película de tu existencia en formato panorámico. Sócrates, que renunció a escapar de una condena injusta, llegó a afirmar que una vida que no ha sido examinada no merece ser vivida. Quizá todo converja para concederte la oportunidad postrera. Si fuese un tren —cantan los Pink Floyd—, me habría retrasado. Y, si fuese un buen hombre, habría hablado contigo con más frecuencia. Si fuese a dormir, podría soñar. Si estuviese asustado, podría esconderme...

¿Dónde te esconderías?, ¿dónde? Y, sobre todo, ¿para qué?

Set no tiene miedo a la muerte. Lo que le asusta, probablemente, es su próspera vida. La nota resultante, una vez efectuado el examen de conciencia que, por ignorancia o por vanidad, aspira al merecimiento. Sería hermoso que, a modo de elegante paradoja, el convencido de que le queda poco concluyera que se ha ganado el derecho a continuar. Un notable raspado o un aprobado con suficiencia bastarían.

Nada como la madrugada de un martes para embarcarse en la última expedición. Con poco equipaje, sin apenas recuerdos, sin rémoras sentimentales que obliguen a echar la vista atrás y desandar los pasos. Set es el tercer hijo de Adán y Eva, el ni fu ni fa, ni bueno ni malo, venido al mundo tras el parricidio de Abel y la fuga de Caín. Trabaja en una productora cinematográfica, una empresa que nació de un grupo de amigos, adoradores del séptimo arte, y creció hasta dejarse absorber por una multinacional. Él, *alma mater* de Atalaya S. A., ejerce de navaja suiza, útil para casi todo. Licenciado en Bellas Artes, el tiempo y las circunstancias lo llevaron a estudiar Derecho y aprender idiomas. A veces, con no poco dolor, recuerda los tiempos en que solamente escribía guiones y diseñaba escenarios para un videoclip, un corto o una película. Se persuade de que entonces era feliz. Es más fácil bregar con el papel que con actores, directores, mecenas y banqueros, reflexiona en esos instantes.

Cumplida la cuarentena, quedó inmune al sarampión del entusiasmo. Conoce la naturaleza humana mejor que muchos. Siempre lo consideraron un superdotado, el cerebro idóneo para un negocio en el que adivinar el pensamiento y captar al vuelo las sensaciones abren la puerta del éxito. Conoce las taras de esos presuntuosos malabaristas de la imagen y la impostura, y sabe que la probabilidad de dar con un Ridley Scott o una Isabel Coixet es tan baja como atinar en la bonoloto. Al final, la crea-

ción se reduce a cuadrar el balance del año y que el beneficio no baje de la cifra marcada como objetivo en un despacho de la distante París. Set ganó un Goya con *El libro de todos los exilios*, su primer gran guion. Han pasado dos décadas. Las estanterías de su casa están tachonadas de proyectos originales, de verdadero interés, que aguardan ese remanso existencial que permita recuperar la fe en la escritura. Su genialidad quedó arrinconada para convertir el arte, bello o no, en mera artesanía acotada por los apuntes de ingresos y gastos. De gastos, para qué engañarse.

Son ya demasiados años ejerciendo de sensato gestor y no menos sensato padre sin familia. La niña creció, y este curso estudia en la Sorbona. Elena se fue alejando a saltos de caballo, en su particular tablero de ajedrez, a medida que prosperó su empresa de bolsos y eso que hoy en día llaman complementos. Complementos de mujer, que es como hablar de trajes de época o zapatos de material, abusando de los atributos aunque el diccionario de la Real Academia lo apruebe. Ahora vive en un ático que mira a la Castellana y se desenvuelve con soltura en las altas esferas de la moda, cuajadas de aristas.

Set, siendo aún estudiante de bachillerato, se decantó por Sócrates a la hora de elegir un tema de trabajo para las vacaciones navideñas y acabó haciendo del clásico griego su ejemplo vital. Podría haberse decantado por su padre, como tantos chiquillos, pero no congeniaba con él en esa época de rebeldía adolescente. O por un héroe de tebeo, pero entonces los protagonistas de los tebeos eran Mortadelo y Filemón. Sócrates resultaba perfecto. Feo de apariencia, con un cacumen a prueba de tentaciones e íntegro hasta la muerte. Maestro de Platón, con eso bastaría.

La rutina diaria, no tan rutinaria en su caso, vino a demostrar que la elección había sido correcta. No por su apariencia física, tan agraciado y tímido que gozaba de un éxito proverbial

con las muchachas. Tampoco por su espiritualidad, habiendo desperdiciado la mitad del tiempo en ascensos y mejoras salariales que proporcionaran confort a los suyos. Sino por eso de la integridad, ley para él, y por un reguero de circunstancias que lo equipararon al filósofo. Tener un cociente intelectual superior al atribuido a Einstein había servido de algo. O eso pensaba la fría mañana en que se convirtió en víctima indemne de un atentado yihadista.

12/03

Un hombre honesto es un niño siempre

ASÍ IMAGINO YO AL CRIMINAL. O, SIENDO MÁS PRECISO, así imagino yo cómo se ve el criminal cuando se mira al espejo. Aunque ese verbo, imaginar, no sea el idóneo, no se me ocurre mejor forma de explicarlo.

A estas alturas, me bastan dos o tres indicios, unas preguntas bien formuladas y haberlo observado con sus propios ojos para comprender la esencia de su mal y el veneno que emplea como medicina.

Podría añadir que, con los años, he perfeccionado tanto mis habilidades que he llegado a ser infalible, pero parecería que hablo por boca de la vanidad. Y la vanidad carece de sentido cuando se está a pocas semanas de la jubilación. Claro que las debilidades del ego son como el tabaco. Las abandonas una y otra vez, para toparte con ellas a la vuelta de cualquier contra-tiempo.

Si algo he conseguido, a fuerza de insistencia y disgustos, es ponerme en la piel del sujeto que persigo. Me río de eso que llaman en los manuales «el perfil». Ponerse en la piel es ponerse en la piel, sin que sea una frase hecha. Es pensar, sentir, actuar como él. Quien no entienda el concepto solo necesita perder ciento tres minutos en la primera película del odioso Lars von

Trier, titulada *El elemento del crimen*. Todo un referente y toda una exhibición.

Nadie me creyó cuando afirmé con desgana que aquí había caso. Estaban tan pendientes de la caza de los cabrones que habían puesto las bombas que no iban a concederle ni un minuto a unos hechos circunstanciales, aparentemente inconexos. El policía medio es tan zoquete que rara vez saca ventaja de la estadística, y la estadística dice que jamás he errado en una de mis intuiciones. Quizá porque no son tales. Como ya no figuro en el escalafón, dispuse de mi tiempo remunerado para enfrentarme a la última investigación de mi vida profesional.

Veamos. Set escapa del atentado convencido de que morirá pronto. Algo crece en su interior, campa a sus anchas por las autopistas de su sangre, extendiendo los tentáculos para alcanzar el estómago, el colon o, aún peor, el páncreas. La decisión de violar a la vecinita deriva de la seguridad de que, pase lo pase, no acabará en prisión. La decisión de comenzar el *storyboard* de la película de su despedida es la consagración del niño que admiraba a Sócrates. Se considera un hombre recto, probo, honrado. Honesto.

Nada que se conciba con los primeros claros de una mañana de marzo puede ser considerado «una decisión». Pero Set navega a contracorriente, como el salmón dispuesto a poner sus huevos sobre la cúspide, en el nacimiento del río de la fama. Si solo muere de verdad el que no es recordado, él será eterno. Es la promesa de quien puede prometerse lo que quiera.

Partirá de una máxima: únicamente escribirá aquello que sienta y vea. Su amplia experiencia profesional moderará los pasos del Set guionista. Su amplísimo conocimiento del cine de todas las épocas guiará la mano del Set director y protagonista. Alguien diría que estamos ante el último remedo de Woody Allen, multiplicándose delante y detrás de la cámara. Si tuviera que

compararse con uno de los polifacéticos del celuloide, elegiría a Clint Eastwood, decadente y malhumorado, hablando de su propia dignidad a través de un montón de personajes que nada tienen de él. Le falta el pistolón Magnum, pero eso también podría solucionarse.

Enciende el ordenador portátil que suele emplear, se sirve un café bien cargado. Empieza: «Exterior, día. Un hombre inmóvil, de mirada ausente, apoya la cabeza en la ventanilla de un tren. Escucha un pitido intenso, que parece no molestarle, y nada más. En ese momento, aislado, llega a la convicción de que va a morir». Podría ser el comienzo de una epopeya digna del Ulises de Homero, transmitida de generación en generación en soporte digital pirateable. Hasta Penélope abandonaría su tricotosa para disfrutarla. O algo más exclusivo, menos comercial, como el Ulises de Joyce y su casta y adúltera Molly Bloom.

Suena el timbre de la puerta. Las saetas del reloj aún no se han atrevido a marcar las ocho. La mirilla proporciona la imagen distorsionada —más todavía, piensa— de la luchadora de sumo que vive con la vecinita de enfrente. Abre, esperando lo peor, y la prudencia lo obliga a retroceder un paso, tomando distancia.

—Elisa no se siente bien —dice—. ¿Podrías quedarte a cuidarla hasta que llegue el médico? Ya he avisado, pero tengo que irme al trabajo o me despedirán.

El primer impulso es cerrar de un portazo y olvidarse de la vecinita de enfrente y de su niñera. No hay como poner tierra de por medio para evitar problemas. Pero ni el controvertido Leopold Bloom bajo el que Joyce se refugia eludiría semejante situación.

—Tiene mucha fiebre —añade con una cara de pena hasta ahora desconocida. No es fácil distinguir un gesto compungido en las facciones adversas de un *bulldog*.

Entra por la taza de café, el portátil y las llaves. No ha necesitado pronunciar una sola palabra para dar a entender que está dispuesto a ejercer de samaritano.

—Te lo agradezco. Viendo cómo está, no sabía a quién acudir —se despide con un ladrido afectuoso.

12/03

El conocimiento empieza con el asombro

POR ALGUNA RAZÓN, O POR LA AUSENCIA DE ESTA, HA asociado la fiebre con la violación fallida. Soy portador del virus del moribundo y lo contagio mediante el pene, concluye sin pararse a razonar. Se diagnosticaría como la transmisión sexual de la muerte, sin cura, cayendo en el delirio y falleciendo a las pocas horas gracias a la efectividad de Bengt Ekerot, siempre en su papel.

El piso de enfrente está todo él en penumbras, como uno se imagina la alcoba del enfermo terminal. Escucha la inspiración de la vecinita, honda, prolongada, pero no alcanza a oír el regreso del aire, escapando de su boca.

—¿Pretendes que te viole de nuevo? —pregunta para animarla, rompiendo la atmósfera enfermiza. Para ser las primeras palabras que le dirige, no parece que vayan a pasar a la posteridad.

—No me violaste —responde ella con la voz de quien se ha puesto una pinza en la nariz.

—Cuestión de opiniones —desdeña él.

—¿Has violado a muchas mujeres? —a quién se le ocurre.

—Dos hasta la fecha, pero la primera no cuenta porque estábamos en nuestra luna de miel.